

La vida quieta

Javier Sánchez Bellver representa la vida quieta. No hay expresión mejor para describir su pintura que la transformación literal del término inglés *still life*, a su vez proveniente del holandés *stillevan*, voz exacta para los lienzos de los que fueron maestros de este género íntimo. El español ‘bodegón’ engarza mal su solemnidad aumentativa con la sencillez elemental de los alimentos terrestres que se nos ofrecen en sus cuadros, a menudo presentados junto a sus cajas o envases, emocionantemente cotidianos en su serenidad detenida; y ‘naturaleza muerta’ es aún más inapropiada, porque ya no las flores y las frutas, sino incluso las carpetas y las sillas, los libros o los periódicos que se apilan fingiendo indiferencia transmiten el latido de la vida que ha dejado su huella en la materia inmóvil. Vida quieta pues, que subraya el sosiego con el cromatismo arenoso de los frescos, en una línea genealógica que se extiende desde Pompeya a Morandi pasando por Piero; y vida quieta también en esa tradición española de reducción esencial que tiene en los cardos del cartujo Juan Sánchez Cotán y en las uvas del recluido Juan Fernández el Labrador sus logros más deslumbrantes. Apartado del mundanal ruido como los dos juanes, las granadas y las cebollas de Sánchez Bellver nos conmueven con la realidad despojada de los frutos de la tierra, aquí en diálogo con la modestia de una mesa de catálogo o un cajón de embalaje; y sus melones colgados, desprovistos incluso de las sombras arrojadas que dotan de corporeidad verosímil a los objetos del resto de los lienzos, homenajean al otro Sánchez para reducir la pintura a su verdad última. Ignorante de la jerarquía de los géneros, ajena al ilusionismo del trampantojo y felizmente distante de la gravedad emblemática de la *vanitas*, la pintura de Javier Sánchez Bellver nos reconcilia con la autoridad áspera de la belleza común, más alta porque más próxima, y más fiel al espíritu porque más incardinada en la materia. Tal es el centro cordial de su vida quieta, y allí reside la excelencia artística de sus vidas quietas.

Luis Fernández-Galiano